

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas. Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

NÚM. 193.

Sevilla.—Viernes 25 de Agosto de 1899

AÑO XXIII.

MÁS SOBRE EL PRÍNCIPE INGLÉS

Sube la marea. Adquiere cuerpo y gana procellos entre las gentes que sobre todo son aficionadas á los intereses materiales, esta solución que llaman salvadora.

Los católicos y los herejes; los místicos y los incrédulos; toda esa gárrula de gentes poco aprensivas en punto á moralidad y patriotismo, que estiman como primero y único factor el estómago y la satisfacción de las necesidades físicas, han visto el cielo abierto con el anuncio de la entrada por nuestros puertos (ó por los portugueses) de libras esterlinas, y su alegría llega al colmo pensando en llenar su gabela.

Barajan la expulsión de jesuitas y frailes con el pago de la Deuda. La cesión de Gibraltar con la reunión de ambos reinos peninsulares. Nuestro engrandecimiento en África con una manera de protectorado en las posesiones que recientemente hemos perdido en el extremo Oriente.

La reivindicación de la recientemente perdida honra, con el respeto de Europa, gracias á la estrecha y firmísima alianza con la nación más poderosa en los mares.

El Mediterráneo, á la devoción de nuestros protectores, convertido en canal casero de los dos aliados. El mar de la China, á merced de la voluntad de esta nueva conjunción de naciones.

El mundo se prosternará sumiso y obediente ante la alianza famosa, porque el soberbio yanqui, no sólo ofrece su simpatía, sino que presta desinteresado concurso á esta aspiración de sus abuelos los ingleses, fuertemente ligados por intereses dinásticos y comerciales con la nación latina. Así América podrá apretar sus lazos. Así los anglosajones y los hispanos del nuevo continente podrán llegar también al famoso concierto de sus respectivos colonizadores, y Francia vencida, y Alemania dominada, tendrán que arriar velas y encerrarse en sus cuarteles, si no quieren ser destruidas por el poderoso adversario.

Rusia, la Rusia de las leyendas, el colosal imperio del Norte y del Este de Europa, se encerrará en sus tiendas y no aventurará riesgos en empresas marítimas, para las que no tiene poder ni medios.

Todo, todo dependerá en adelante del consorcio de las razas sajona é hispana. Se declara lenguaje oficial del mundo, del mundo civilizado y de los pueblos bárbaros, una mezcla de Shakespeare y de Cervantes. Quedará suprimido como oficial el idioma francés.

Todo, todo se hará á gusto de ingleses y españoles.

Tal es el cuadro que nos presentan los entusiastas patrocinadores de la famosa candidatura del príncipe inglés. El mapa del mundo en sus manos no tendrá en adelante más que los colores inglés y español, señalándose con tintas caídas, con colores débiles, los puntos que se referían á las demás naciones, para indicar su dependencia de estos nuevos árbitros del planeta.

Citaríamos los nombres de los ilusos; entregaríamos á la fiel reproducción de las letras de los cajetines la designación de los conjurados, si no tuviéramos el rubor de su vergüenza, que contrasta con la falta de aprensión de estos políticos sin conciencia, que así pretenden entretener las desgracias nacionales y abjuran de sus tristezas.

El juego es bien conocido. Los intereses del régimen desacreditado y maldecido por los españoles, pretenden servirlos con criminales invenciones para despistar al pueblo de sus ideales y apartarle de los caminos de redención á que se prepara.

El juego está conocido. La distribución de los papeles del sangriento drama ha penetrado en la conciencia del pueblo, que, en su orientación fija, no le seducen halagos de grandezas ni se ha de dejar arrastrar por espejismos de bienandanzas, que rechaza, con su legendaria altivez, la aspiración de raza.

Tiene completa noción de sus desastres. Conoce á los verdaderos culpables. Aspira, sí, á su redención y engrandecimiento, pero dándose cuenta exacta, con su admirable instinto, de los orígenes del mal, se considera bastante fuerte para conjurarlos con su exclusivo esfuerzo por la libertad, mediante un trabajo honrado y cons-

tante, sin ingerencias extrañas y sin concesiones graciosas, que rechaza noblemente.

Ya es tarde para que fingidos demócratas le ofrezcan soluciones de concordia con el régimen imperante. Ya es tarde para que el juego de ciertos políticos, poderosamente secundados por egoístas y ambiciosos comerciantes é industriales, le arrastren á los pies y ante las gradas del poder que causó su deshonra.

Su juicio sobre hombres y sucesos lo tiene ya formado. Su resolución de destruir é aniquilar á los autores de la catástrofe es inquebrantable, y nada espera ni nada quiere de los que contribuyeron á arrastrarle hasta el fango en que se ve sumido.

Su cerebro acaricia la idea. Su corazón le impulsa á la lucha. Su brazo se encargará de destruir los obstáculos, arrollando cuanto trate de oponerse al vigoroso esfuerzo de su voluntad, para dotarse de instituciones adecuadas á lavar su honor y á garantizar su libertad por las apetecidas instituciones democráticas.

Esta es la voluntad del pueblo. Esto quiere, y como lo quiere, lo obtendrá.

Y entendiéndolo todos: para esto estamos confundidos todos los republicanos; para esto estamos en perfecta inteligencia, sin la menor ni la más ligera discrepancia; y á la voz del primero, del más arrojado, del más osado, del más atrevido, contestaremos con el grito unánime en todos los ámbitos de España, que será la destrucción del régimen y el anuncio de una nueva era de progreso y de regeneración.

Murmuraciones

Se podría hacer un capítulo de novela con los ofrecimientos que diariamente reciben las autoridades sevillanas de los caballeros que nada tienen que hacer.

No pasa día sin que leamos en alguno de los periódicos de la capital un suelto ó dos, concebidos en estos términos:

«Hoy ha estado á visitar al señor Gobernador de Sevilla y al alcalde Sr. D. Fernando Checa, el conocido hombre público D... (aquí el nombre de cual quier desocupado) para ofrecerse á dichas autoridades por sí, desgraciadamente, nos visitase la peste bubónica.»

Está muy bien.

Ahora digo yo: «El Sr. Alcalde, como el Sr. Gobernador, han tomado apunte de todos esos ofrecimientos desinteresados para utilizarlos en su día...»

«No creen dichas autoridades que, puesto que hay tantos señores que desean sacrificarse en bien de la ciudad, es ya hora oportuna de destinarlos á un servicio, descargando de ese modo el presupuesto de Sanidad?»

«¡Hombre, por Dios!—dirá el Sr. Checa ó el Sr. Leguina.—Esas son puras oficiosidades que dan nuestra patente de la fina educación de dichos señores.»

«¡Ah! ¿Con que son oficiosidades? ¿Con que eso no es otra cosa que un faroleo, al que se ha dedicado toda la gente desocupada?»

Desde que comenzaron los periódicos de la localidad, y singularmente *El Noticiero* y *El Porvenir*, á tocarle el bombo á todos los caballeros que iban á presentarse en la Alcaldía ó en el Gobierno á ofrecerse para desterrar la peste bubónica, he llevado la cuenta: ¡van sesenta y seis!

Y como quiera que todos lo hacen con la mejor voluntad y desinterés, ¿por qué las autoridades sevillanas han de desperdiciar esos elementos aprovechables?

Organícese una numerosa brigada sanitaria con dichos señores, y ya que no se les destine á los sitios de peligro, esto es, á las estaciones ó á los puntos señalados, ¿por qué no se les provee de carrillos con su correspondiente cloruro de cal, regaderas y escobas, y que se entretengan en desinfectar husillos y urinarios?

Y entonces nos convenceríamos—todos aquellos que no creemos en esos ofrecimientos—de que esos señores no eran unos faroles que están siempre deseando oír el anuncio de una procesión para presentarse como futuros salvadores de la patria, en la seguridad de que no se imponen otra obligación que la visita consiguiente, las cuatro frases de reglamento con las que las autoridades les contestan, y... el suelto oficioso de los periódicos aduladores.

Todo se vicia, todo se prostituye, todo se adultera.

Hasta las epidemias sirven de vehículo á la vanidad de los necios.

Estoy esperando leer un día de estos:

«Los celebrados artistas Cagancho (padre é hijo), Canela y Fosforito, han estado hoy en el Gobierno civil de la provincia á ofrecerse á nuestra primera autoridad civil para el desgraciado caso en que nos visite la epidemia.»

Y todos ofreciéndose para desterrar la epidemia, ¡y la epidemia en casa!

Porque no hay epidemia que cause más daño moral y materialmente, que la epidemia de la tontería que padecemos.

Y á todo esto, todavía no se ha presentado uno diciendo:

«¡Aquí traigo cuarenta mil duros para ponerlos á disposición de las autoridades para que combatan los bubones del hambre que padecen las clases desacomodadas y los bubones que se aproximan!»

¡Esos son los ofrecimientos que se deben de hacer!

Todo lo demás son... pamplinas para los canarios.

¡Han llamado personaje á Polavieja en París!...

Se quedó con los franceses...

¡Quién lo había de decir!

Ya se van aclarando las causas por las que el capitán Dreyfus ha sido, ó fué, declarado traidor á su patria.

Lean ustedes estos párrafos significativos:

«Declara más tarde M. Dubreuil, rico propietario parisiense, que afirma haber conocido á Dreyfus en casa de M. Bodson, amigo del declarante.»

Y debe serlo, sin duda, porque manifiesta nada menos que Bodson le confesó el adulterio de su esposa con Dreyfus, al que podía arrojar del Ejército cuando le viniese en mentes.

Pero el ultrajado esposo no se venga entregando las pruebas de la culpabilidad del procesado á los jueces militares, ni le reta al combate donde las armas purifiquen el honor mancillado por la esposa.

M. Bodson es un marido especial que se contenta con referir á M. Dubreuil cómo su esposa le engaña, para dar ocasión á que éste lo repita ante los señores consejeros de Rennes, mientras el público celebra con risas la pasividad del engañado esposo.

De donde resulta que todo ese terrible proceso que ha puesto en conmoción á la vecina República, es una conjura de varios maridos burlados contra un seductor atrevido.

¡Señores... lo que son las mujeres y los maridos!...

Hoy nos dice *El Noticiero* que don Francisco Silvela va á visitar al ministro de Estado en su casa nueva. Véase que lo que digo no es una broma ligera:

«Mañana visitará nuevamente el Sr. Silvela al ministro de Estado.»

Como quiera que el ministro de Estado es el tal Silvela, ¿cómo se hará la visita á sí mismo Su Excelencia?... ¡Qué graciosa me resulta esta prensa noticial!...

Consideraciones que hace el redactor religioso de *El País* de Madrid:

«Si en Francia, pueblo tan rico, puede vivir un arzobispo de París ó de otra diócesis con 15,000 francos y un obispo con 10,000, nosotros, que somos pobres y nos vemos arruinados, haríamos con dar á los arzobispos todos, sin distinción, 10,000 pesetas, y á los obispos 7,500; aún les queda la casa gratuita, la misa, la comisión de Cruzada y varias ganguitas diocesanas muy respetables. ¿A que no se daba el caso de no haber quien quisiera ser obispo? Es cosa de probarlo.»

¡Ya se ve que no se daba el caso! Aquí tiene usted uno que lo era por la mitad del dinero y la mitad de las ganguitas. ¡Yol!

Dice *El Porvenir*:

«En el convento de Religiosas agustinas concepcionistas tuvo ayer lugar el acto de elección de prelada de aquella comunidad.»

Prelada... prelada...

Es decir, obispa de las agustinas.

¡Porque no querrá decir la mujer del prelado, siguiendo el orden de relación vulgar!...

Esto es:

De zapatero, zapatera.

De canónigo, canóniga.

De deán, deana.

De prelado... ¡prelada!

Porque entonces resultaría verdad eso de PADRE que se llama el arzobispo.

CARRASQUILLA.

El Hospicio provincial

ECONOMÍAS QUE DEBEN HACERSE

II

Expusimos en nuestro artículo de ayer detalladamente las economías fáciles de introducir en los servicios, economías que ascenderían á 108,040 pesetas. De esta cantidad deduciremos 12,000 pesetas para seis profesores de Instrucción pública que deberían desempeñar las escuelas que hoy están regidas por beatas.

También pueden considerarse como economías, y de hecho lo son, las siguientes:

Por la licencia temporal que casi todos los veranos disfrutan muchos acogidos, y cuyo número fué extraordinario en el año 97.

Por las que se otorgan en Pascua de Navidad.

Por la disminución de alimento que como castigo se impone á los asilados; y

Por la alimentación que dejan de percibir en los días de Semana Santa en que se dan numerosas licencias.

Como se ve, el presupuesto del hospicio, estando éste bien administrado, se podría reducir á poco más de la mitad; pues donde quiera que se pone la mano hay materia fácil de economías, como demostraremos al tratar el presupuesto, partida por partida. Igualmente sucede en el régimen interior del Establecimiento, donde no reina orden ni concierto.

Enumeremos punto por punto:

1.º El número de acogidos debe quedar reducido á 800. No queremos decir que los asilados que exceden de ese número se echen á la calle, porque este acto resultaría inhumano. Con cerrar la entrada en el Hospicio cumpliendo los artículos 4.º, 5.º y 6.º del Reglamento, de los que en la actualidad se hace caso omiso en atención á las influencias de este ó el otro diputado. Hay alguno de estos señores que tiene recomendados á más de cuarenta hospicianos, muchos de los cuales carecen completamente de documentos.

Deben despedirse del benéfico establecimiento los que han cumplido ya la edad reglamentaria y se encuentran aptos para el trabajo. El escándalo en este último punto es tal, que allí se encuentran recogidos muchos individuos que han regresado del servicio. De lo que resulta que aquella, en lugar de casa de Misericordia, es casa de huéspedes.

En el departamento de mayores de las hembras existen en la actualidad ciento once asiladas, de las cuales más de cuarenta han cumplido la edad reglamentaria. A éstas debe procurarse educación fuera de la casa, pues ésta no es patrimonio de unas cuantas; sobre todo, habiendo muchas desgraciadas que no obtienen educación por estar cubiertas las plazas.

En este asunto deben tener bastante interés las beatas cuando procuran por todos los medios retenerlas en la casa. Pruébalas el que hace poco tiempo, visitando un señor Presidente la casa, encerraron las beatas á todas las mayores en una habitación junto al gallinero, y en la clase solo dejaron á las más pequeñas. Nos parece que no es justo ni equitativo que la plaza que podía ocupar una desgraciada niña, la ocupe una mujer apta ya para el trabajo.

2.º Debe quedar suprimida la panadería, porque además de prestarse á innumerables abusos, algunos de los cuales detallaremos, no proporciona á la casa las ventajas que se cree y que puede tener en la forma siguiente:

Subátese el pan y se obtendrá, cuando menos, una ventaja de cinco céntimos en hogaza, que es la ganancia que los panaderos dan á las tiendas que revenden su artículo. Esto produciría, tomando de tipo las 1,000 hogazas que se consumen diariamente, una economía de 18,250 pesetas anuales.

En este caso, podría arrendarse el local de la panadería con todos sus efectos y en las mismas condiciones en que estaba antes de cerrarse, dándole al industrial arrendatario los acogidos que necesitase para la elaboración del pan, á condición de que suministrase éste á cinco céntimos menos que á las tiendas, y con ello se obtendrían otras 18,250 pesetas de economías.

Elaborado el pan en la casa, seguirán imperando los abusos que allí se notan, al menos que de la administración de la panadería se encargase una persona de toda confianza, y eso resulta bastante difícil.

Compradas por la Diputación las primeras materias para la elaboración del pan, éste resulta mucho más caro, como lo demuestra el hecho de que el precio de la hogaza haya salido en el hospicio, durante el año anterior, á 68 y 73 céntimos, en tanto que en las tiendas se expendían, de igual ó mejor calidad, á 60 y hasta 55 céntimos.

Es decir, que la Diputación ha pagado la hogaza de pan para los acogidos del Hospicio á 15 y á 18 céntimos más cara que las casas particulares.

UN AMIGO DE LAS BEATAS.

(Se continuará)

DEGENERADOS

A MI DISTINGUIDO COMPAÑERO D. JOSÉ DEL SOLAR.

Si, sí, venimos descendiendo espiritualmente, como ayer decía mi filosófico barbero mientras me afeitaba.

No debemos forjarnos grandes ilusiones, en verdad; esto no lo reforma Paraiso ni nadie, como no sea el Divino Redentor, que viniese en persona a transformarlo, cumpliéndose así las predicciones de aquellos famosos y olvidados apóstoles de Lavapiés, que anunciaban pomposamente para muy en breve tan solemnisimo acontecimiento.

Quiera Dios que mis pesimismo no se confirmen; pero mientras abundan los estetas y los pollos del clavilto encarnado y el talle de sardina, considero inútil y absurdo todo propósito de regeneración.

Madrid está invadido por una dañina plaga de langostas.

Estas langostas son: ciertos gomosos, ciertos chulos, ciertos empleados que no van a la oficina y cobran, ciertos golfos que no trabajan y comen, ciertos pensionistas, con pensión en casa, vergüenza escasa y mucha exhibición de sortijas y de sedas; ciertos comerciantes, que saben comerciar con la inocencia y candidez del público; ciertos agentes de negocios, pero de negocios muy turbios; y, finalmente, y para juzgar a todos con igual medida, ciertos agitadores y charlatanes políticos, ciertos cocheros, ciertos albañiles y.... hasta ciertas amas de cría.

Pero entre esa nube de langostas, una sobresale por su mala condición, que atrae el interés, especialmente, y es entre ellas la más temible y odiosa.

Nos referimos al pedantesco pollo, al escéptico y ruin lechuguino, ese tipejo cursi y antipático, para el cual no sobrevive más que un ídolo: la moda—*fashion*, como él dice—moda extranjera, diosa única del pollo, preocupación exclusiva de su cerebro, exento de fósforo.

Come a la francesa, bebe a la alemana, viste a la inglesa, etc., etc. No asiste jamás al teatro Español, ni a Lara, ni a la Zarzuela, porque el drama no le gusta, le aburre la comedia, y sus párpados se plegarían al sueño oyendo cantar obras del género chico. Sólo acude puntualmente, las noches en que hay función, al Real, todo el tiempo que permanece abierta la temporada. Allí es donde él únicamente halla esparcimiento y solaz. Codéase con millonarios y títulos de la grandeza; charla con la duquesita de Fuentelín y el marqués de Rabanillos, ofreciéndoles obsequios y dispensándoles atenciones, y, sobre todo, allí escucha música italiana, aunque no la comprenda, y percibe los ecos dulcísimos del habla de Dante, si bien es muy lógico suponer que no entiende el significado de una sola palabra.

De los idiomas extranjeros únicamente ha conseguido su memoria retener algunas voces aisladas, que emplea a todo pasto y a la menor oportunidad, y *trayéndolas*, a veces, por los cabellos, a fin de sustituirlas con otras castellanas más o menos sinónimas.

Así, por ejemplo, al hablar con pollos de su *calaña*, y aun con los porteros de su casa, a quienes no se atreve a mirar porque descendería, con sus ojos, el orgullo de su posición y linaje, le espinan un aluvión de frases como *match*, *foie gras*, *étager*, *buffet*, *boulevard*, *garden party*, *maitre d'hotel*, *sleeping car*, *recordman*, *sandwich*, etc., etc.

A lo mejor, grita, dirigiéndose a uno de sus criados:

—Tráeme el *guipure* de la señora, que debe de estar en el *fumoir*; coge luego del *chaise longue* del *boudoir*, la muñeca de *biscuit*, y llévala a *mademoiselle Pérez*.

El pobre sirviente se queda con tres palmos de boca abierta escuchando tan extraña jergonza; y si, por temor ó respeto a su amo, calla y no replica, en vez de ir al *fumoir*, es decir, al salón de fumar, entra en el despacho y vuelve cargado con la mesa escritorio ó con un baulmundo.

El lechuguino desconoce completamente el amor de patria, y siendo así no debe sorprender a nadie que busque su educación y sus gustos en países extraños, jamás en el propio. Verdad es que sus padres le llevarán a estudiar a Londres, a Viena, a Suiza, a San Petersburgo; en épocas veraniegas le trasladaban a Biarritz, Vichy, Bagnères de Luchon, etc., y luego, si se casa, es fuerza inevitable, por ley de sus padres ó antojo suyo, que goce de la luna de miel en París.

Le veréis todos los días cruzar la Castellana y Recoletos, descubriéndose mil veces, llevando el sombrero de la cabeza a los pies, doblándose hasta tronchar el espinazo, para saludar á otras tantas señoras de la nobleza, muchas de las cuales serán nobles por lo que lo son.

Pero fijad vuestra atención, en cambio, siempre que ante él desfile un regimiento; y si por un extraño impulso ó curiosidad se detiene para verlo marchar, no será el afeminado gomosuelo quien os enseñe á descubrirlos al paso de la bandera, signo de la Patria, representación de los más santos amores y los más sublimes ideales, porque á él no le inspira respeto alguno aquel pedazo de tela amarilla y encarnada, que él considera tan misero y tan despreciable como cualquier lienzo de los que cubren la ropa de sus criados cuando le sirven á la mesa.

La belleza y la virtud de las mujeres del pueblo no le entusiasman ni le atraen; usan mantón y llevan aire de chulas: son verdaderamente dignas de desprecio.

A romerías, verbenas y fiestas populares, claro es que no va nunca; pero en ocasiones ha tropezado con gente de la que va ó viene de aque-

llas, y no se le ha visto arrugar la frente para descubrir su enojo al tropezar con alguna airo-sa *jembra* de las que saben llevar con tanta gracia el mantón de Manila sobre los hombros y arrancar un ¡olé! entusiasta del corazón de los hombres nacidos en esta querida tierra.

Yo también, cuando me encuentro á ese imbecil, que por desgracia suelo hallar muy á menudo, siempre lanzando *provocativas* miradas á las jóvenes—su único oficio y ocupación—frunzola la cara, al verle, y exclamo para mis adentros: —¡Valiente mamarracho!

JOSÉ RUBIO CASELLAS.

De actualidad

LA PESTE BUBÓNICA

Oporto.—La epidemia aumenta. Por la mayoría se cree que todas las medidas resultan inútiles, incluso la del cordón.

Y fúndanse para decir tal, en que los gérmenes han tenido tiempo de desarrollarse.

El gobierno portugués, por su parte, ha ratificado su confianza al gobernador de aquella capital del Norte.

El gobernador cree que para conseguir de la plebe se convenga de la existencia de la epidemia, sería necesario que esta causara muchas víctimas, cosa que trata de evitarse con las medidas de higiene.

OFRECIMIENTO IMPORTANTE

Lisboa.—La princesa Eugenia Oldemburgo, de Rusia, se propone enviar á Oporto al doctor Heppenes, que traerá 2,000 frascos de suero antipestoso para repartirlos gratuitamente.

El gobierno ruso ha ofrecido también su concurso para la elaboración del suero antipestoso.

A la primera y al dicho gobierno ha mostrado su agradecimiento el portugués.

EL DOCTOR JORGE

Oporto.—En una nueva *interview* celebrada con el doctor Jorge, éste ha insistido en que la epidemia tiene tendencias á aumentar y á propagarse.

Cree el notable médico que el acordonamiento es perjudicial bajo el punto de vista comercial, é ineficaz bajo el aspecto médico.

SIGUE PROGRESANDO

Oporto.—Otro nuevo caso se ha dado en un joven de 18 años, en la casa de la calle Miragaya, donde hubo otros atacados.

Se han cerrado todas las academias de Oporto.

El gobernador de esta capital dimitirá, si ha insistido en los ruegos de que venga el doctor Koch.

RESOLUCIONES DEL GOBIERNO

El señor Dato ha dispuesto que el doctor Pino, que se encuentra en Figueira, marche á Oporto.

También se ha teleografiado al gobernador de Salamanca para que comunique informes sobre los supuestos casos de peste de que habla la prensa.

El gobierno se halla dispuesto á no disminuir la severidad de las medidas sanitarias adoptadas.

PRECAUCIONES EN GIBRALTAR

El consul español en Gibraltar telegrafía que la Junta de Sanidad ha adoptado acuerdos rigurosísimos para las procedencias de Oporto.

Los buques procedentes de puntos no apertados sufrirán cuarentena. Concluida ésta podrán desembarcar los pasajeros.

EL PROCESO DREYFUS

Rennes.—A la hora de costumbre da principio la sesión del Consejo, sin que ocurra incidente alguno de interés.

La sesión ha sido importante, por el nuevo interrogatorio á que ha sido sometido el general Mercier y por las preguntas que hará *maitre Labori*, quien está dispuesto á confundir al exministro de la Guerra en los términos en que lo ha hecho ya muchas veces.

PESAR DE UN MORIBUNDO

París.—*Le Figaro* publica el extracto de una carta que el barón Ressiman, embajador de Italia en París, dirigió antes de su muerte al conde Arcanati Visconti.

En dicha carta le hablaba de su enfermedad añadiendo:

«No me intimida la muerte. Sólo tengo el pesar de no ver proclamada la inocencia de Dreyfus.»

IRREGULARIDADES DEL PROCESO

Rennes.—El interrogatorio de Labori al general Mercier ha sido sensacional en alto grado.

De la declaración de este último se deduce que se cometieron notorias irregularidades en la instrucción del primitivo proceso.

PIDALISTAS Y SILVELISTAS

La prensa se ocupa en insinuar hondas divisiones entre pidalistas y silvelistas.

El País habla de crisis, relacionándola con el viaje de Villaverde.

El Globo señala el antecedente de que el marqués de Lema, que es pidalista, es un huésped en el ministerio de la Gobernación.

DESDE EL SENA

He visto en la Morgue al pobre obrero, lívido, con la cara tumefacta, los miembros contraídos en la última tirantez de los músculos que ya van aflojándose con la empezada descomposición de la materia.

La urna de cristales de aquella cámara frigorífica juguetea con los rayos de sol que entran por las ventanas, en lo alto de unas paredes grises; y los hilos de luz, quebrados en haces llos de color de oro y rosa, acarician al muerto deteniéndose sobre sus manos apretadas y yertas.

Pedro salió por la mañana de su casuca miserable, oculta en el recodo de una calleja deshabitada y obscura.

Demacrado el semblante, triste la expresión de sus ojos y el ademán desfallecido y somnoliento, vagó por aquellos alrededores de Grenelle acercándose al río. ¿Qué iba á hacer? Nadie, ni él mismo lo sabía. Iba á buscar trabajo.

¡Trabajo! Sí: allí estaban tendidas á la orilla del agua, como fajas de construcciones ó de ruinas, las colmenas de andamios, los montones de piedra amarillenta, los bloques berroqueños recostados unos en otros ó tumbados. Las líneas de unos carriles negros, paralelas y rectas, marcaban el camino de las pesadas vagonetas de arena, y más allá, metidas en el agua, se veían las chalupas gigantes, como alimañas enardecidas y temibles, empujados los cuellos de sus palancas, y sus grúas silbando con la tabia de sus embravecidas calderas y soplando humo y llamas por sus robustas tuberías de hierro.

Atraído por los martillos poderosos que golpeaban los topes de unas cuñas enormes, acercábase Pedro á la meta de sus pesquisas cotidianas.

—¿Eh, qué busca el amigo?

—¿Hay sitio para mí en la obra?

—¡No, todo está completo, como siempre, completo!

Y Pedro continuó su camino tropezando con viejos camaradas satisfechos y alegres.

¡Trabajo! ¿Por qué no había trabajo? Era maestro de ensablaje de barcales, y en el manejo del escoplo labraba la madera de lo blanco y lo prieto; empalmaba alfarjas sin marrar ni una vez los clavos arponeros. Agil como un gimnasta, trepaba por los más altos postes, y al terminar el andamiaje, cuando ya puestas las boleas chirriaban sobre sus ejes toscos, subía hasta la cúspide, y á horcajadas en el último travesaño, descubriéndose ante la insignia de la Patria, clavaba la bandera, dando á los aires el animoso pabellón blanco entre azul y rojo.... ¡Trabajo! ¿Por qué no había trabajo?

Pedro ya no volvió á su casa. Ya no tenía casa. Brutalmente, el amo de la casuca miserable le había dicho que sin dinero, ó sin certeza de ganarlo, no volviera á su albergue.

Sonaron los silbatos de las cercanas maquinarias. El enjambre de los trabajadores se dispersó sin alejarse mucho. Al cabo de una hora tornaron todos al trabajo con los estridentes pitos de las máquinas. Y á la llegada del crepúsculo rompieron nuevamente las filas, alejándose entonces por los senderos y caminos hasta entrar en las calles.

Pedro se acomodó en un banco, bajo las ramas de un árbol muy añoso. Le pareció que aquellas ramas se columpiaban en movimiento suave y que le susurraban al oído secretos de un porvenir cercano. Si hallaría trabajo. Vestido con su ropa de pana, su chaleco de botones dorados, sus altas botas recias, echado atrás su sombrero flexible de grandes alas anchas, pasearía los domingos, vendría sentarse en aquel mismo banco, trayéndose á su novia.

«No, la mujer más hermosa de Grenelle... y también la más pobre. Pero él la compraría trajes y corpiños de seda, la compraría diges y sortijas de oro; las mozas envidiarían su elegancia, y los hombres, al verla, se quedarían admirados....»

¿Qué era lo que sentía en las entrañas? Verdad, no había comido; pero ¡por no comer un día!... acaso dos ó más, ¿para qué recordarlo? Un hombre no se rinde, resiste. Imposible que no hallara trabajo al día siguiente. El hostelerero le abriría las puertas fiándole el sustento. Sí, él iría á las obras, pediría con humildad, con vehemencia y con angustia. En la lucha con la fatalidad salvaría la vida....

Un ardor como si le abrasaran desde el vientre á la boca, punzadas penetrantes como si fuese herido por el pecho y espalda, latidos dolorosos como si le golpearan en las sienes y nuca.... Y después nada, un ardor más hirviendo, unas

punzadas más agudas y unos latidos más profundos. El corazón paró y los vasos sanguíneos se fueron agotando poco á poco.

Y este es el pobre obrero, lívido, con la cara tumefacta, los miembros contraídos en la última tirantez de sus músculos, que yace en la urna de cristales, acariciado por hilillos de luz de color de oro y rosa.

I. L. LAPUYA.

PARA EL MARQUÉS DE ESQUIVEL

TARJETA POSTAL

Católico marqués y propietario de la casaca-corral de vuestro título, sita en calle Oviedo.

Creo conoceréis, señor marqués, la existencia de la peste bubónica existente en el vecino Portugal, y supongo habréis leído las prescripciones higiénicas que la ciencia médica aconseja para preservarse de mal tan terrible. Todo estriba en la palabra limpieza; mucha limpieza, extraordinaria limpieza y ésta, católico marqués y presidente de la Diputación provincial de Sevilla, no se ve por ningún lado en la casa conocida por el *Corral de Esquivel*.

Aquellas habitaciones sucias y hediondas, aquellas paredes con sus grietas históricas, en las que anidan toda clase de insectos; y aquel enjambre de perros, gatos, gallinas, conejos, cabras y cerdos, que allí moran en compañía del vecindario que habita la casa, constituye un atentado contra la salud pública, si siempre peligroso, criminal ahora, en que la mala fortuna nos deparó huéspedes tan peligrosos.

Dicen los vecinos que habitan el corral que el propietario de éste no quiere hacer reforma alguna que higiene la casa, y al saber el dicho, dudamos que ese propietario sea usted, católico marqués.

Por esto, y para que desmienta el aserto que va contra sus caritativos sentimientos y religiosidad probada; y sobre todo, contra las palabras de Cristo, que dijo:

«No quieras para tu prójimo lo que no quisieras para tí mismo»—le envía esta *tarjeta postal*, que no dudo un momento llegará á su poder.

Es preciso, señor marqués, dar un mentís á la maledicencia.

Sin otra cosa, queda respetuoso de usted,
UN VECINO DE JUNTO A LA CASA.

El Waterlón de los cordobeses

Estos niños, que tanto han hecho gemir las prensas que le dieron la celebridad que en alas de la fama llevó sus alas á todos los confines do se discute el arte tauromáquico, se presentaron ayer en la plaza sevillana, en la que se le esperaba con impaciencia, para ver si ellos, *Machaquito* y *Lagartijo*, podían decir, parodiando á *Don Juan Tenorio*, que

Lo que escrito estaba con hechos mantenido se encontraba.

Pero, ¡oh desencanto é ilusiones caídas por tierra! Los niños cordobeses (y conste entre paréntesis que de niños nada tienen) no pueden mantener nada. ¡Ni siquiera que saben torear!

Son lo que se llama *dos héroes por fuerza*. De toreros buenos lo único que tienen es la ropa, pero para alcanzar renombre necesitase bastante más que eso. Se necesita corazón para llegar ante la cara de los *bureles* y habilidad y arte con el que esquivar la acometida.

No es ensañamiento con el caído es decir, la verdad escueta y protestar del engaño sufrido. Si hubiésemos visto en los lidiadores que ayer se presentaron en nuestra plaza con cartel de eminencias, algo que hiciese entrever, en medio de sus desacertadas faenas, condiciones para llegar, seríamos los primeros en proclamarlo, sintiendo que la desgracia les hubiese acompañado en la tarde de presentación ante nuestro público. Pero es que los cordobeses nos han resultado un *cartucho de perdigones*. Veinte matedores de novillos hay en nuestra ciudad mejores que los famosos niños, y por ahí andan á caza de una cornidilla en cualquier pueblo de 500 vecinos, con su correspondiente calificativo de *maletas*.

Y como no merecen más comentarios, pase-mos á reseñar algo de lo que hicieron.

Machaquito es un torero alegre y que seguramente arrancará con sus desplantes aplausos de públicos poco entendidos. Para con el capote y la muleta poco, mejor dicho, nada, y á la hora de meter el brazo se mostró más decidido que su compañero, pero tampoco hizo cosas extraordinarias. Solo entró por derecho la primera vez en su primer novillo y en la estocada que recetó al quinto.

Si este torero tuviese más valor y parase á los toros, quizá podría llegar, porque vista y habilidad no le faltan. Así lo demostró en el par de palos que cambiando puso al quinto torete.

Lagartijo es un zagalón desgarrado que solo tiene de la escuela cordobesa los saltos y brinco que da para irse de la cara de los cornúpetos. No puede darselo oreo más feo y falto de gallardía que el suyo.

Ayer no hizo ni una sola faena plausible. Solo entró á matar una sola vez con decisión en el último novillo, y esa salió descompuesto y arrollado.

El hijo de Juan Molina, sobrino del gran *Lagartijo*, nos parece que se contentará con el renombre que ganaron los toreros pertenecientes á su familia.

La cuadrilla resulta bastante mejor que los